

DATOS PARA LA HISTORIA DE LA MEDICINA DE COSTA RICA

El Dr. Adolfo Carit y Eva un Valuarte de Filantropía y por el Amor al Prójimo.

Considerando que este famoso médico vivió solamente para favorecer a la gente pobre o en desgracia extrema, “la Historia de la Medicina de Costa Rica” guarda un sincero afecto de amor y cariño por un colega desprendido, que con un espíritu de santidad se entregó a la caridad y vivió muchos años pensando a que prójimo podía levantar de sus tragedias y miserias, reivindicar su situación anómala y quitarse el peso de esa cruz maldita, para devolverle la paz y el deseo de volver a vivir.

El famoso escritor Eduardo Oconitrillo García en el libro “Historias de mi Barrio” copiló datos muy valiosos de su vida de caridad e intimidades de su existencia, proporcionadas en su mayoría por alguien que conoció a fondo minucias del doctor, vecina del Barrio Carit y cuyo apelativo es doña Rosario Acuña Villalobos. Bendita señora que supo captar los detalles de una persona tan valiosa en la historia de este pueblo que queremos tanto.

Nos dice don Eduardo Oconitrillo: Chayo recuerda que frente a su actual vivienda, que entonces era parte de la jardinería y huerta de los Piva, estaba la manzana o cuadra que el Dr. Carit que había loteado y regalado a las viudas. Las otra cuadras el Dr. Carit las había cedido a familias de obreros sin recursos. El barrio donado por el doctor lo formaban únicamente cuatro cuadras, que se ubican dentro de la avenida 24 norte y la 28 sur.

El barrio conserva el apellido del fundador y benefactor, El Dr. Adolfo Carit y Eva. Los padres de don Adolfo fueron Jean George Alonso Carit Tichey, francés y doña Matilde Eva, nicaragüense, que había llegado a París en 1836. En su testamento, fechado en 1848, el Dr. Carit Tichey, decía ser padre de cuadro hijos: Alonso, el mayor, Adolfo de 13 años, Alejandro y María Luisa. De manera que el futuro médico debió haber nacido en Francia, en 1837. Un anuncio comercial aparecido en la Gaceta oficial, de 1859, informa sobre la “Botica y Droguería Carit”, frente al Palacio Episcopal, en la Calle de la Catedral, que regentó y perteneció a su padre, como después lo hizo el Dr. Carit hijo. Aunque se decía que el doctor Carit y Eva había estudiado en Francia, en el índice de actas de las Juntas de Gobierno del Colegio de Médicos y Cirujanos de Costa Rica, se registra que sus estudios los hizo en el College of Physicians, Surgeons of Columbia, Estados Unidos de Norte América, donde se graduó como médico en 1864, título que revalidó en París. Fue incorporado en el Protomedicato de la República, en ese mismo año 1864. También se dice que el doctor fue de los galenos de más clientela en su época.

Parece que el Dr. Carit en su juventud fue un caballero sumamente galante, de carácter franco, alegre y hombre de gran mundo, que en su vida privada gozaba del trato con mujeres bellas y personas ilustradas, así como intelectuales y personas de gran capacidad cultural. Pero al llegar a los cincuenta años se retiró por completo de la vida social. Hizo, a partir de entonces, una vida escéptica, y apartado de la profesión, sin familia y sin amistades íntimas, se dedicó al estudio y a la caridad.

Ahí comenzó la leyenda del Dr. Carit: es fama de que se levanta a las 4:30 hs de la mañana, se desayunaba con un par de galletas de soda y que remojaba en agua dulce. Acostumbraba un paseo por las afueras de la ciudad y regresaba a la 7 de la mañana. Leía en los periódicos únicamente los cables y los artículos científicos, y a las 8 a.m. se dirigía al Parque Central o al Nacional, y a veces caminaba hasta la Sabana. A las 9:30 iba al mercado, a comprar frutas y a las 10.30 en punto se encontraba en el Hotel Francés (donde hoy está la Tienda la Gloria, en la Avenida Central) donde almorzaba. Era vegetariano y un perfecto temperante. Odiaba el licor y a los que lo tomaban. Después de su fugaz almuerzo, no volvía a comer más durante el día. Después hacía una hora de ejercicios, y luego hacía una siesta a las 3 p.m., hora que tomaba los libros hasta 5, después de un corto paseíto por los parques, regresaba a las 6:30 p.m. y se iba a la cama. Vivía en una mansión de dos pisos, rodeada de palmeras y floresta, donde hoy se sitúa la Maternidad que lleva su nombre. Así era la vida de los últimos años del doctor, sistemática, metódica, sin alteraciones de ninguna naturaleza.

Siempre vestía de negro, sombrero alón, también negro, botines a la antigua, y su corbata denunciaba a primera vista, lo poco que le preocupaba su presentación, erguido, con paso firme y largo, caminaba el filántropo a los barrios pobres y espiaba momentos de amargura de sus semejantes, para dar con la mano derecha sin que lo supiera la izquierda.

Se cuenta que una pobre anciana, que en los primeros días de viudez, cada sábado encontraba bajo su puerta un sobre con dinero, que debía gastar durante la semana. La señora creyó en un principio en un milagro, o una equivocación, pero en la repetición del agradable suceso, averiguó lo que todos sospechaban: que el Dr. Carit era quien atendía su manutención. Y una noche pasó en vela para conocer su misterioso benefactor, y darle las gracias personalmente. Así lo hizo, pero se malquistó la voluntad del filántropo, a quien no le pareció bien que la viuda fuera tan curiosa.

En otra ocasión, un honrado padre de familia fue amenazado de un embargo por el Banco, si no cumplía con una obligación de mil colones que tenía vencida. El deudor estaba completamente arruinado, hasta que un día se encontró una carta con dinero que remitió el doctor, y que escuetamente decía: “Para que pague su deuda en el Banco”, y nada más.

Para el doctor la religión era la caridad. Amor al prójimo, en el verdadero sentido bíblico de la palabra, sin ostentación y sin esperar recompensa alguna. Para la gente humilde y pobre era un padre, y su consuelo en las atribulaciones. Distribuía semanalmente sobres de dinero en las puertas más humildes, de madrugada, para que no lo vieran. Enviaba anónimamente: pan, verduras y frutas a orfanatos y casas de refugio, junto con ropas, frazadas o mantas. Pero lo hacía con cierta discreción. Dicen que un día, viendo pasar las lavanderas que iban con motetes de ropa sobre la cabeza, a lavar a las aguas cristalinas del vecino río María Aguilar, exclamó: “Pobres Mujeres”, y mandó a construir los lavaderos que conservaron hasta hace algunos años, cuando el progreso obligó hacer ampliación de la carretera a San Sebastián.

Era singularísimo: no recibía visitas ni correspondencia. Solamente leía revistas extranjeras de mucha fama. En la calle se abstenía de dar la mano. Cuando alguien se acercaba a él para conversarle, se llevaba las manos atrás. Consideraciones de orden higiénico, según dicen, le hacía tomar esa actitud. En San José corría cierto rumor de que en su casa conservaba el ataúd en que debían enterrarlo. Y aún más: se aseguraba que en sus frecuentes viajes a Puntarenas, que parece era su lugar preferido de recreo, alquilaba un wagón para ese fin. En el puerto, con frecuencia, se veía con por las tardes su alta silueta, serena augusta, de negro y con su inseparable sombrero alón, confundirse con el crepúsculo, en la playa o en el muelle, de frente al mar, y con los brazos cruzados por la espalda –gesto muy característico suyo— contemplando el paisaje.

Tenía horror a la idea de ser fotografiado. Antes de 1911, no se conservaba de él ninguna fotografía; pero afines de ese año la Facultad de Medicina tuvo que cumplir con un acuerdo de la Junta Directiva: colocar en su salón de sesiones el retrato del filántropo. Encargó la obra al pintor Enrique Echandi, y como el doctor no posaría para el retrato, se hizo publicar avisos en los diarios ofreciendo, la suma de cien colones a la persona que quisiera tomar una instantánea del doctor. Lo acecharon los discípulos de Daguerre, y después de varias semanas de “persecución” fue el famoso fotógrafo Manuel Gómez Miralles, quien valiéndose de un ardid, lo logró, cuando el médico abrió la puerta de su casa. El retrato al oleo nos muestra a un noble anciano de barba plata, sombrero alón negro, y de traje y corbatín del mismo color, sobre pechera blanca, con una melancólica mirada.

En 1912, el Dr. Adolfo Carit y Eva donó al Estado varias propiedades en San José, con la condición de que fueran rematadas en subasta pública para destinar su producto a diversos fines de beneficencia que él mismo indicó pormenorizadamente: el dinero debería depositarse en la Tesorería Pública, el cual reconocería un interés de 9% anual, que se distribuiría según sus instrucciones: una parte para suministrar leche de vaca a niños pobres; otra parte para entregar dinero en efectivo a madres pobres y honestas; destinaba otra parte para una sobrina suya, mientras viviera; otra parte para vestidos de niños pobres que se repartirían en navidad; y para el asilo de maternidad. Finalmente una pequeña parte para lavanderas y que se distribuiría a dos lavanderas de 16 a 19 años, “que fueran bellas, puras y virtuosas“. Las fincas

fueron rematadas en 78.000---de ese tiempo--- y fue el propio Estado, quien, en definitiva, las adquirió. El mismo año el doctor reunió varias fincas, segregó un nuevo inmueble que se inscribió con el número 47311, y que era un terreno de 78 metros de frente por 75 de fondo, con casa de dos pisos. Era voluntad del Dr. Carit que ese inmueble: no podrá alquilarse, ni venderse, y se destinará exclusivamente a Asilo de Maternidad, y si fuera posible Escuela de Obstetricia, limitación que duraría 99 años, al cabo de los cuales el producto del inmueble se dedicaría al mismo objeto”, o sea a Maternidad. Años después, con el consentimiento del representante del Estado, El Lic. Victor Vargas Quesada, y parientes del donante, se construyó en el mismo terreno la actual Maternidad Carit, que ostenta en su frente la escultura de piedra “La Madre” (1935), obra del artista costarricense, que desde hace muchos años radica en México, Francisco (Paco) Zúñiga. Sin embargo en la Maternidad Carit se tiene la fecha de 8 de noviembre de 1900, como el día de su inauguración, y de creación de la Escuela de Obstetricia. Parece ser que el traspaso de la propiedad se formalizó en 1912, a la vez se dieron ciertas rentas a la Maternidad.

El doctor Carit donó otra barriada en Puriscal, que lleva su nombre. Además dicen los periódicos de antaño, varias bibliotecas y un Sanatorio para las víctimas del bacilo de Koch..Este centro de salud, situado en las faldas el volcán Irazú, se llamó Sanatorio Carit, pero luego se cambió por Sanatorio Durán, hasta que cerró muchos años después. No sabemos cuando se dio el cambio el nombre, pero en el periódico de 1923 aparece un reportaje sobre el Sanatorio Carit, cuyo directorio presidía el Dr. Carlos Durán Cartín.

Los últimos meses de su vida los vivió el doctor en Puntarenas, puerto el cual el doctor había salido don Adolfo buscando recobrar su quebrantada salud, o bien pasar sus últimos días en aquellos parajes que tanto amaba. En el puerto se hospedó en el Hotel Europa; pero cuando sintió la necesidad de tomar cama, ante el avance de su dolencia, se dirigió al Hospital y solicitó un rincón para morir, confundido entre todos los enfermos a quienes la piedad recogía, en aquel centro de beneficencia pública. Lo atendió el Dr. Sergio Fallas, y después de varios días de estar en cama, se levantó y salió a la calle. Se dirigió al cementerio de la localidad, y escogió el sitio donde él quería que lo enterraran, porque deseaba morir en Puntarenas. Cuenta la cónica, que le dijo a su acompañante: “Cuide usted de que me entierren aquí, en este mismo sitio. Había pensado que fuese allá, pero observó que habían muchos cangrejos”. Y luego llamando al sepulturero, hizo que en su presencia abriera la fosa.

El gobierno, enterado del grave estado de salud del doctor, dio instrucciones al Gobernador de la Provincia, para que dictara las órdenes necesarias a fin que el ilustre enfermo fuera cuidadosamente atendido, y que lo visitaran en el Hospital para ofrecerle un tren expreso en el cual podría traladársele a San José, donde se disponía de mejores condiciones para su curación. Pero todo fue rehusado cortésmente por el doctor, quien se manifestó muy agradecido, pero dijo que la sentencia fatal iba a cumplirse muy pronto en él, que ya su cuerpo se rendía al peso de los años, y que era en vano pronunciarse contra las leyes inexorables de la naturaleza humana.

El Dr. Carit murió en Puntarenas, a las 2:30 de la madrugada del día 12 de octubre de 1917, de bronconeumonía. La noticia de su muerte embargó de dolor y consternación a los josefinos. El presidente de la República se apresuró dar las órdenes para que se rindiera homenaje póstumo al digno benefactor. La caja mortuoria fue trasladada al Salón Principal de la Gobernación de Puntarenas, donde se había improvisado una capilla ardiente, y por ahí desfilaron centenares de personas.

A las 10 de la mañana fue conducido el féretro en hombros de la Estación de Ferrocarril, donde un tren expreso condujo el cortejo al Cementerio de La Chacarita. El traslado del cuerpo se hizo en medio de una imponente ceremonia. Presidían al duelo las autoridades civiles y militares de la localidad, formaron parte del cortejo los escolares en debida formación, y la Banda que interpretaba las marchas fúnebres. Por disposición oficial, sobre su ataúd fue colocada la bandera nacional enlutada. Y mientras se entregaba al regazo de la tierra los restos del filántropo, la Banda ejecutó el Himno Nacional de ese país que el doctor había hecho su segunda patria. El novenario se efectuó en el Salón Principal de la Maternidad Carit, con gran concurrencia de los vecinos que llevaban hermosas ofrendas florales.

Después del fallecimiento del Dr. Carit, se dijo que éste había muerto sin testar y sin herederos. Se presentaron ante las autoridades judiciales dos presuntos hijos del médico, reclamando ser legatarios. Pero el filántropo había hecho su reglamento en 1912, y los dos interesados no aparecían en documento. Posiblemente se trataba de dos “listos”.

En 1925, los intereses del capital que el Dr. Carit había legado en el testamento de 1912, a la entonces respetable suma de 14.742.00 colones, que se repartieron conforme sus indicaciones. Por cierto que para distribuir el 12.5% que el benefactor dejaba en su testamento, el Gobernador de San José, don Rogelio Sotela, convocó a un concurso para determinar cual era la lavandera más bonita, la más pura, y la más virtuosa, y así cumplir la voluntad del doctor. Una lavandera protestó ante Sr. Sotela, alegando que no se debía dar dinero en esa forma, sino a la que tuviera más tiempo en el oficio. Finalmente bonos de 100.00 y de 250.00 colones cada uno, se repartieron entre 13 mujeres.

Es de esperar que la barriada siempre conserve su nombre del ilustre benefactor, así como la Maternidad, que nació inspirada en la noble profesión del médico obstétrico de su desinteresado donador, quien conoció y compartió el dolor de la madres al dar a luz a sus hijos. ¿Será una coincidencia que las cuatro primeras letras del apellido Carit sean las de la tercera virtud teóloga, que tanto el médico practicó.? ¿O fue que el médico nació predestinado, ya marcado por su nombre, para convertirse en un apóstol de la caridad?. Insondables son los misterios de la vida....

COMENTARIO

No hay duda que el Dr. Carit tuvo que haber tenido un gran desencanto emocional bastante profundo a la mitad de su vida, para haber cambiado su personalidad en forma tan drástica y pasar de ser un hombre alegre, con encanto por las mujeres bellas, de convivio frecuente con las personas intelectuales de la época, para convertirse en un hombre solitario, apartado de su profesión, de sus amistades, de sus familiares, enclaustrarse en una vida solitaria, rutinaria, sin ningún encanto emocional y fuera de un vínculo de convivencia con la gente cercana que lo acompañó tantos años antes de su recogimiento.

Cierto que la gente de esa época, a los 50 años se sentía que ya había vivido su vida productiva y no era raro que murieran a temprana edad pues la ciencia y las medicinas eran poco efectivas para: la diabetes, hipertensión arterial, enfermedades infecciosas y toda clase de enfermedades degenerativas, que podían cesar la vida a menos de los sesenta. Hoy día nos suena ridículo que nuestros ancestros decían sentirse viejos entre los 50 y los 60 años, cuando en el tiempo actual es tan corriente la longevidad y la buena calidad de la larga existencia.

Un profesional con la fortuna que ostentaba el doctor, si quería retirarse de su especialidad tan sacrificada como es la obstetricia, podría haberse dedicado a viajar por todo el mundo, haber hecho maravillas de su apetencia pero su espíritu de hombre de bien lo orientó al aislamiento y la caridad, al sufrimiento de los pobres y a las congojas del que caía en la desgracia. A Propósito, de la profesión de médico en los años que ejerció el Dr. Carit, los galenos podían tener su especialidad pero la gente los requería para todos males como médico general, así es que la práctica de la profesión era bien cansada y este doctor tenía una enorme clientela.

Se anota que se incorporó en 1864 pero el Protomedicato comenzó 1857 y se consolidó hasta 1859. Nuestro pequeño Hospital San Juan de Dios apenas había comenzado en 1855. También se hace referencia que se incorporó en Francia, lugar donde había nacido, pensando posiblemente ir a ejercer en un futuro. Cosa que nunca hizo. Su padre frances, posiblemente farmacéutico o médico, (varios médicos tuvieron botica en esos años prététeritos) hechó raíces en Costa Rica y mandó a su hijo a formarse en Estados Unidos. No sabemos si la fortuna la heredó de su padre o si la formó él con su basta clientela.

Su forma de vestir, todo de negro, revelaba la pena que lo embargaba quizás su salud afectada, pero no era muy comunicativo, tal vez sus empleados, se enteraban del porqué de su comportamiento. Él debe haber tenido suficiente asistencia doméstica, con una casa tan hermosa, de amplios jardines que eso obliga al propietario al mantenimiento y mejoras del bien. Tampoco nos damos cuenta de una volanta con caballo o algo para trasladarse, porque aunque él tenía un paso firme y amplio que nos hace pensar que tenía buena

condición física para andar, pero tanto el parque Nacional como la Sabana estaban a gran distancia de su domicilio.

Sus viajes a Puntarenas, que hacía con cierta frecuencia nos, hacen deducir un bienestar para su salud, como es natural, la Meseta Central es un lugar muy húmedo y tanto el calor como el aire yodado del mar, son maravillosos para los males reumáticos de la tercera edad. Según las fechas que se apuntan, el doctor murió de 70 años y 20 años vivió en esa vida recogida. No nos extraña su forma metódica y programada que vivía pues él como estudiante universitario en esos países de mucha disciplina, le inculcaron, un automatismo de responsabilidad y programación en todos sus actos cotidianos.

Tampoco sabemos si el practicaba alguna religión o credo, lo que sí nos hace pensar, viendo esa, vida desprendida de caridad y de amor a la gente con grandes necesidades económicas, es que este gran médico había tenido un hogar de padres muy sensibles, pues la huella que se imprime en el hogar jamás se borra, que en su vida debe haber experimentado vivencias que repercutieron en su corazón. Hay que recordar que los médicos de la Costa Rica de antes y de la medicina socializada, teníamos que proyectarnos con mayor sensibilidad al apostolado. Esperar poco o nada de retribución de las instituciones empleadoras de médicos y entregar mayor sacrificio al paciente desvalido y abandonado por la misma sociedad. El Dr. Carit debe haber vivido con fervor esa Costa Rica de antaño y eso lo sensibilizó tanto, que su alma entera se vertió a la CARIDAD CON SENTIMIENTO SINCERO, no esperaba jamás reconocimiento alguno y más bien se sentía herido cuando alguien lo señalaba como filántropo que era, pues él tenía un Dios interno.

Dr. Manuel Zeledón Pérez

Presidente Honorario de la Asociación-Academia de Historia de la Medicina